

Miércoles 29 de Septiembre, 2004

La calle
 Diario de un espectador
 Francois Sagan
 por miguel ángel granados chapa

Fue tal vez la autora del primer best seller de la historia, el primer libro de venta masiva. Hace exactamente cincuenta años apareció Bonjour tristesse, Buen día, tristeza, una novelita muy bien escrita y salvo por la crudeza de la anécdota (la muerte inducida de su madrastra, a cargo de una jovencita celosa de su padre) más bien sosa. Eso nos pareció a nosotros, cuando la leímos unos diez años después de su aparición. Pero a muchísimos lectores debió parecerles lo contrario: se imprimieron cuatro millones y medio de exemplares, que produjeron a la autora, Francois Sagán que tenía apenas 18 años de edad, medio millón de francos, que gastó de inmediato. Murió el viernes pasado.

Nacida como Francois Quoirez en Carjac, Francia, el 21 de junio de 1935, la futura escritora tuvo una niñez acomodada y una adolescencia turbulenta. Era una escolar perezosa, no terminó la prepa y se dedicó a la vida bohemia en la Rive gauche, el barrio bohemio de París, donde pasó entero el año 1951 escuchando jazz y buscando relacionarse con artistas como Juliette Greco, que en 1958 grabó la canción con el nombre de la novela ya famosa, escrita por J. Daton, H. Lemarchand y G. Auric. También se le veía deambular por Saint Germain des Prés, en cuya esquina con la calle Bonaparte, frente al enorme y antiguo templo católico, uno de los más antiguos de la capital francesa, estaban y están los cafés donde Sartre y Simone de Beauvoir dispensaban sus enseñanzas, Les deux magot y el De fleur.

A mediados de 1953, en un arranque de creatividad, dedicó siete semanas de encierro a escribir su libro. Tenía apenas 18 años, y la frescura y el desenfado de su escritura (lo que no supuso falta de rigor en la calidad estilística) le mereció un enorme éxito de público y de crítica. Recibió precisamente el Grand Prix des Critiques, el Gran premio de los críticos y la obra se tradujo a 22 idiomas. Aunque no en Francia, en Hollywood la novela fue llevada al cine, dirigida por el gran Otto Preminger, y protagonizada por Deborah Kerr, David Niven y Jean Seberg.

Embriagada por el éxito, la novel autora adquirió un departamento en París y una casa de campo. Compró también un Jaguar, quién sabe si por un deseo oculto o por una traición del inconsciente pues en su novela su madrastra muere en un accidente de automóvil. Aparte la fortuna que Julliard, su editor, le entregó apenas se puso a la venta el libro, agencias publicitarias la contrataron como modelo para anunciar dentífricos y jabones.

Aunque el asedio de la prensa y del público la esterilizó durante algunos meses, no se durmió en sus laureles, sino que comenzó una importante carrera literaria. En 1956 apareció su segunda novela, que también, como la primera, suscitó una canción y una película: Un certain sourire (Una cierta sonrisa) y Nueva York, producto de su primer viaje a Estados Unidos. Aparte otras novelas importantes, escribió dos libros biográficos, uno sobre Brigitte Bardot, tan semejante a ella en muchos sentidos (aunque no en su sensualidad, pues la escritora era desangelada) y sobre Sarah Bernhardt, la enorme actriz a la que Francois Sagan caracterizó como "una risa incansable".

"La escritora es delgada y sonríe poco --escribió Elena Poniatowska tras entrevistarla hace cincuenta años en su flamante departamento parisense--. Más que andar, resbala con pasos desnudos al lugar deseado. Se sienta y tiene unas piernas largas y bonitas. No le pregunté lo que comía porque una periodista estadunidense lo hizo, y come igual que todo el mundo. Sus autores favoritos son Proust y Stendhal. No le gustan las porcelanas chinas. Pero le encanta el mar. Admite que el existencialismo es una filosofía muy interesante, pero ella no admira a Sartre. Lo que más le gusta por el momento es beber whisky y café".